

|| *Article publicat al diari El Sol el 3 d'agost de 1928*

**N**inguna cita aislada podría hacer justicia a los "romances gitanos" de Federico García Lorca, en los que todas las voces y todos los elementos se hallan tan íntimamente tramados. Como, al fin y al cabo, cumple en una obra dramática. Pues cada uno de estos romances (como todo verdadero romance, por otra parte) es un drama en compendio, donde todo vive, alienta y se corresponde y en el que hasta las cosas aparentemente inanimadas participan de la acción. Véase, por ejemplo:

*La higuera frota su viento  
con la lija de sus ramas,  
eriza sus pitas agrias.  
y el monte, gato parduño,*

Este dramatismo integral, que palpita en todos los romances de García Lorca, con un matizado diversísimo, que llega de la nota más trágica a la más humorística, es una de las virtudes mayores de su poesía, y de las que más contribuyen a colocarla al margen de toda nuestra producción contemporánea, por regla general tan desjugada de emoción y de trazo tan intelectualista. Por fortuna, hemos aquí frente a una auténtica sensibilidad poética, que no ha menester esfuerzo para aparecer emocionada, y a la que basta el abandonarse al capricho de su inspiración creadora.

Pero, aparte de sus valores propiamente líricos (los esenciales, en fin de cuentas, en toda poesía), la novedad literaria capital de estos romances nos la ofrece su interpretación del gitanismo, tema que, hasta ahora, sirviera accidentalmente de motivos decorativos a muchos poetas; pero que nunca antes de García Lorca fuera enfrentado íntegramente. Requeríase, sin duda, para ello, el ser andaluz, y más aún, granadino, con ese mismo paisaje hermanador en torno, y la mocedad, seguramente indispensable para la adivinación de una raza que diríase vive en perpetua adolescencia, ni niño ni hombre...

Adviértase en todo el libro de García Lorca la contemplación acendrada y un profundo amor, único instrumento capaz de lograr estos milagros de intuición, y de cantar así:

*¡Oh pena de los gitanos!  
Pena limpia y siempre sola.  
¡Oh pena de cauce oculto  
y madrugada remota!*

Pero, en fin, conseguida de un modo u otro, el caso es que toda la tragicomedia gitana, en lo que tiene de más esencial y más puro, despojada de su anecdótico de feria, se encierra en estas páginas. Toda el alma gitana, con su dramático garbo, su lirismo, su marchosidad, sus supersticiones y su misterio canta aquí con voz abrasada. Véase, por ejemplo, con su pasmosa diversidad de timbres, esa incomparable fantasía de gitanismo que es el "Romance de la Guardia civil", donde se finge el ataque de "la benemérita", la obsesión y el ángel malo del buen gitano, a una quimérica "ciudad de los gitanos"...

*Los caballeros negros son.  
Las herraduras son negras.  
Sobre las capas relucen  
manchas de tinta y de cera.  
Tienen, por eso no lloran,  
de plomo las calaveras.  
Con el alma de charol  
vienen por la carretera...*

Pero aunque pasan por el libro varias figuras concretas de gitanos, ninguna encarna esta tragicomedia gitana como la ya inolvidable de Antoñito el Camborio, por obra y gracia de Federico García Lorca, ya incorporado al santoral de los héroes de poesía. Y tan bello y total, dentro de su brevedad, es este romance del "Prendimiento de Antoñito el Camborio en el camino de Sevilla", que no resisto a la tentación de citarlo íntegro, a fin de que el lector tenga siquiera un ejemplo completo de esta poesía "nueva" de García Lorca:

*Antonio Torres Heredia,  
hijo y nieto de Camborios,  
con una vara de mimbre  
va a Sevilla a ver los toros.  
Moreno de verde luna  
anda despacio y garboso.  
Sus empavonados bucles  
le brillan entre los ojos.  
A la mitad del camino  
cortó limones redondos,  
y los fué tirando al agua  
hasta que la puso de oro.  
Y a la mitad del camino,  
bajo las ramas de un olmo,  
Guardia civil caminera  
lo llevó codo con codo.*

*El día se va despacio,  
la tarde colgada a un hombro,  
dando una larga torera  
sobre el mar y los arroyos.  
Las aceitunas aguardan*

*la noche de Capricornio,  
y una casta brisa, ecuestre,  
salta los montes de plomo.  
Antonio Torres de Heredia,  
hijo y nieto de Camborios,  
viene sin vara ni mimbre  
entre los cinco tricornios.*

---

*Antonio, ¿quién eres tú?  
Si te llamaras Camborio,  
hubieras hecho una fuente  
de sangre, con cinco chorros.  
Ni tú eres hijo de nadie,  
ni legítimo Camborio.  
¡Se acabaron los gitanos  
que iban por el monte solos!  
Están los viejos cuchillos  
tiritando bajo el polvo.*

---

*A las nueve de la noche  
lo llevan al calabozo,  
mientras los guardias civiles  
beben limonada todos.  
Y a las nueve de la noche  
le cierran el calabozo,  
mientras el cielo reluce  
como la grupa de un potro.*

Sin duda no hace falta subrayar las numerosas bellezas y aciertos que se contienen en esos pocos versos: su incomparable concisión, la justedad de las imágenes, el movimiento dramático, que de la estampa primera, de presentación del gitano, con su acto de belleza gratuita (los limones de oro sobre el agua), característica de la raza, pasando por la segunda estampa, ya más cercana, después de una admirable metáfora tauromáquica y otra de cabalística (dos nuevas pinceladas de gitanismo esencial) se abre, de pronto, con tal fuerza y majestad dramática, en el apóstrofe admirable, para rematar, por último, tras la pincelada humorística ("mientras los guardias civiles / beben limonada todos"), en una postrera imagen de gitanismo montés.

Y casi más admirable es el romance siguiente, el segundo y último de Antoñito el Camborio, en que se narra su muerte, a manos de sus cuarto primos, con versos tan extraordinarios de intensidad expresiva como:

*Les clavó sobre las botas  
mordiscos de jabalí.  
En la lucha daba saltos  
jabonados de delfín.*

*Bañó con sangre enemiga  
su corbata carmesí,  
pero eran cuatro puñales  
y tuvo que sucumbir.*

Y, cuando el autor, personificándose en el drama, alza la voz y le dice:

*Antonio Torres Heredia,  
Camborio de dura crin,  
moreno de verde luna,  
voz de clavel varonil,  
¿quién te ha quitado la vida  
cerca del Guadalquivir?*

Y el moribundo le contesta, denunciando a los cuatro primos Heredias, hijos de Benamejí, y explica:

*Lo que en otros no envidiaban,  
ya no lo envidiaban en mí.  
Zapatos color corinto,  
medallones de marfil,  
y este cutis amasado  
con aceituna y jazmín.*

Y el autor clama:

*"¡Ay Antoñito el Camborio,  
digno de una Emperatriz!  
Acuérdate de la Virgen  
porque te vas a morir."*

Y el agonizante, pensando, como todo buen gitano que así muere, en la justa venganza, le pide:

*"¡Ay Federico García!,  
llama a la Guardia civil.  
Ya mi talle se ha quebrado  
como caña de maíz."  
Tres golpes de sangre tuvo  
y se murió de perfil.  
Viva moneda que nunca  
se volverá a repetir...*

Y es de observar en todos estos romances cómo, con un arte verdaderamente dedáleo, el autor se desdobra de continuo, tan pronto cantando y sintiendo desde dentro en gitano, como actor del drama, tan pronto pintando y viendo desde afuera, como espectador. Un ejemplo lo hará más claro; sintiendo como actor:

*Sangre resbalada gime  
muda canción de serpiente...*

*Angeles negros traían  
pañuelos y agua de nieve.*

E, inmediatamente, comentando ya como espectador, y con el consiguiente humorismo:

*Angeles con grandes alas  
de navajas de Albacete.*

Aún podría decirse mucho más de estos "romances gitanos". En obras de esta novedad e importancia, los aspectos son múltiples y no se agotan en un par de artículos de periódico. En todo caso, los poetas de la nueva generación están particularmente de enhorabuena: ya tienen una gran figura auténtica a la que confiar la enseña, y lo que aún vale más: un maestro legítimo que seguir y con el que desaprender los volatines y cubileteos que se iban ya acostumbrando a confundir con la poesía. Pero con ellos, y más anchamente, está también de enhorabuena la literatura española, que cuenta ya con un gran poeta más capaz de compensar por sí solo la carestía de toda una época.